

# Elementos para pensar la estructura: demanda y lazo social contemporáneo



SOFÍA SAAD DAYÁN\*

Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México D. F., México



**CÓMO CITAR:** Saad Dayán, Sofía. “Elementos para pensar la estructura: demanda y lazo social contemporáneo”. *Desde el Jardín de Freud* 15 (2015): 65-79, doi: dfj.n15.50488.

\* e-mail: sofisada1@hotmail.com

© Obra gráfica: Carlos Jacanamijoy

## Elementos para pensar la estructura: demanda y lazo social contemporáneo

En el presente trabajo abordamos la relación entre la estructura y el lazo social contemporáneo, tomando como vía privilegiada la demanda, cuestión que reconocemos pertinente en la reflexión sobre la problemática actual, a la luz de los *nuevos diagnósticos* del malestar en la cultura, los cuales se imponen de tal modo que parecen opacar conceptos clásicos del psicoanálisis, al extremo de reducir la noción de estructura psíquica al síntoma. Abrimos una pregunta por la índole de la demanda en el contexto de los llamados *nuevos síntomas*, abordados a partir de testimonios de lo que en este trabajo llamamos “voces del malestar en la cultura”, y que tienen la peculiaridad de “alojarse” en el cuerpo.

**Palabras clave:** cuerpo, demanda, estructura, lazo social, malestar en la cultura.

## Elements for Thinking the Structure: Demand and Contemporary Social Bond

The paper addresses the relationship between structure and the contemporary social bond, on the basis of demand, an issue that we consider pertinent to the reflection on current issues in the light of the *new diagnoses* regarding cultural malaise, which have become so prevalent that they have overshadowed the classical concepts of psychoanalysis and reduced the notion of psychic structure to the symptom. We pose the question of the nature of demand in the context of the so-called *new symptoms*, which are addressed on the basis of testimonials by what we have chosen to call “voices of cultural malaise”, and whose peculiar characteristic is that they are “lodged” in the body.

**Keywords:** body, demand, structure, social bond, cultural malaise.

## Éléments pour penser la structure: demande et lien social contemporain

Nous abordons ici le rapport entre structure et lien social contemporain par le biais de l'examen de la demande; ce faisant nous semble convenable pour réfléchir aux difficultés d'aujourd'hui, face aux nouveaux diagnostics du malaise dans la culture qui s'imposent à tel point de faire sombrer les concepts classiques de la psychanalyse, à même de réduire la notion de structure psychique au symptôme. Une question est posée sur la nature de la demande au contexte des dits *nouveaux symptômes*, abordés à partir des témoignages de ce que nous appelons ici les « voix du malaise dans la culture », et dont la particularité est de se « loger » au corps même.

**Mots-clés:** corps, demande, structure, lien social, malaise dans la culture



**A** bordar el lazo social hoy, al margen de los conceptos clásicos del psicoanálisis, entre ellos especialmente el de estructuras psíquicas, parece estar convirtiéndose en una tendencia a la luz de la emergencia de los síntomas “epocales” que aparentemente quedan encerrados en sí mismos, sin ninguna articulación con aquellos, cuestión que implicaría su puesta en duda y en un extremo hasta su vigencia. Para pensar la cuestión, nos vemos convocados a utilizar conceptos que permitan la articulación deseada, siendo el de demanda particularmente importante para este fin. En virtud de la incidencia de los llamados *nuevos síntomas* en el cuerpo, se abre la pregunta por la demanda como vía privilegiada del decir. Pregunta pertinente justamente a propósito de la tendencia actual a reducir las estructuras clínicas a los síntomas (estados límite, nuevas patologías, etc.). En dichos síntomas, la cuestión del cuerpo ocupa un lugar preponderante que, si bien está articulado a la estructura, también lo está a los discursos sociales, especialmente el científico y el capitalista. No reconocerlo sería un atentado a la concepción psicoanalítica del lazo social y, por ende, a la noción misma de subjetividad.

En el presente trabajo intentamos orientarnos por el decir de la demanda para pensar el síntoma, recuperando algunos de los conceptos clásicos, como puntos de partida. Para tal fin, incluimos una serie de testimonios sugerentes, que, sin ser casos clínicos, emergen de lo que llamamos “voces del malestar en la cultura contemporánea”.

## LA DEMANDA HOY, ¿HISTÉRICA?

### Cuerpo histórico-demanda

Un argumento que suscita pensar parte de la demanda actual como histérica podría estar en lo que plantea Nancy en *Corpus* al referirse a la relación entre cuerpo y pensamiento, y extraer las consecuencias de esto para el psicoanálisis:

El cuerpo, o los cuerpos, eso mismo es lo que se trata de tocar por el pensamiento: cuerpos de ‘psique’, ser-extenso y fuera-de-sí de la presencia-en-el-mundo. No es un azar que la *tópica* haya obsesionado a Freud: el ‘inconsciente’ es el ser extenso de

Psique, lo que siguiendo a Lacan algunos llaman sujeto, lo singular de un *color local* o de una *carnación*.<sup>1</sup>

Se entiende desde esta perspectiva que la histeria no es propiamente un evento del cuerpo significativo, tal como lo enuncia el citado autor:

No es por ello menos sorprendente que cierto discurso del psicoanálisis parezca obstinarse, renegando de su objeto, en hacer el cuerpo “significante”, en lugar de desenmascarar la significación como lo que en todas partes le hace sombra a los espaciamientos de los cuerpos. Este análisis “ectopiza” (o “utopiza”) el cuerpo fuera-de-lugar: lo volatiliza y lo subordina a lo incorporal del sentido. De este modo, al parecer, la histeria es instituida como ejemplar: un cuerpo saturado de significación.<sup>2</sup>

De acuerdo con lo que plantea Nancy, podemos intentar recuperar algo de la *a-significancia* en la histeria, en vez de remitirnos a ella solo como cuerpo significativo y acabar entrando en una clasificación de la demanda, por ejemplo anoréxica. En tal sentido podemos ver un caso de “anorexia”, que advierte acerca de un uso peculiar del cuerpo en donde no es la imagen lo que impera, pese a que aparece repetitivamente en el discurso: “...a mí me gustaba ver las modelos, muy delgadas, sumamente delgadas, así de planas por todos lados, así huesudas y yo decía así me quiero ver, yo veía la televisión y decía ‘me quiero ver como X’”.

En tal discurso se aprecian claras señales de identificación histérica:

[...] de hecho yo tenía una amiga que igual era anoréxica y bueno, las dos éramos las más felices del mundo.

Ahora que ya no estoy gorda y que como, voy al gimnasio y tomo complementos para tener una buena figura, sigo sin sentir la aceptación de mi mamá, ahora puedo ver que para ella me he convertido como en rival, porque nunca me dice que me veo bien o que tengo buen cuerpo (digo lo del buen cuerpo porque toda la gente me lo dice, no porque lo esté inventando), sino que cada que puede me dice o que estoy engordando y que me veo muy mal, o que estoy muy flaca y no me veo bien, en realidad no le doy gusto con nada y no sé, a veces siento como que le da envidia mi figura y se enoja por eso. Ella se sigue cuidando muchísimo de hecho, yo digo que es anoréxica, así como le hice yo al principio de mi enfermedad.

Bueno aunque quería yo no podía, yo decía ‘tengo que buscar el traje de baño ideal’.

Yo estaba joven, gorda y con celulitis, ime veía horrible! Y decía ‘no quiero irme a la

1. Jean-Luc Nancy, *Corpus* (Madrid: Arena Libros, 2003), 20.

2. *Ibíd.*, 21.

playa' y mi mamá estaba delgada, no me acuerdo cuántos años tenía y ise veía mejor que yo, no puede ser!...

Enunciados que sugieren una preocupación por “su imagen” y una pregunta quizá por su posición sexuada como mujer (solo “formulada” a través de la comparación con otra mujer).

Se trata más bien de significar una preocupación por el control ya no solo del cuerpo, sino de la vida, expresión de un narcisismo que tiene por función “controlar la angustia”, intentar hacer algo con la falta.

[...] hay momentos en que tengo situaciones que me cuesta trabajo enfrentar, por ejemplo, con mi marido la cosas no están bien y a veces tengo la tentación de volver a ponerme igual de flaca que antes. Yo creo que es *porque en esto de no comer yo tengo el control, yo lo puedo hacer cuando quiera y es una manera como de... demostrarme que puedo tener control en mi vida.*<sup>3</sup>

A-significancia que hace emerger lo imposible del sexo, más propiamente de la relación sexual, y que se pone de manifiesto en la “tentación” de volver al síntoma cuando las cosas de la relación “se ponen difíciles”. Una manera de decir que algo desde lo real (del cuerpo) hace a-significancia vía la angustia y hace pensar en una relación con el Otro, caracterizada por cierta tensión entre servidumbre y “libertad”, que bien puede significar la posición histérica no en términos de cuerpo signifiante, tal como lo propone Nancy.

Así, tratando de seguir esta lógica, si el significante “epocal” fuera, tal como propone Assoun, la exclusión, su correlato sintomal bien puede ser la demanda histérica haciendo de esta el signo de toda falta posible, de donde cabe también otra posibilidad: la de una “suplencia”, es decir *el síntoma en el lugar no de la falta sino de la demanda*. Esto que parece contradecir la hipótesis de los nuevos síntomas, al decir que se trata de nuevas demandas, no necesariamente lo es, ya que tal hipótesis no excluye la posibilidad de reconocer algo nuevo en el síntoma (versus nuevos síntomas), ni tampoco implica excluir la posibilidad de la “ausencia” de demanda, que en algunos casos no se articula quedando el sujeto “a merced del síntoma” como puede ser el caso de la toxicomanía, o bien como sucede en el caso de la bulimia, cuando el sujeto simplemente encuentra una “solución” funcional para no renunciar a su enfermedad, tal como muestra una joven en su discurso al decir: “Aprendí a vivir con mi enfermedad, aprendí a comer y a dosificar las vomitadas”<sup>4</sup>. No se trata propiamente hablando del evento del cuerpo, en términos freudianos, sino del “evento sujeto” como dice Colette Soler al circunscribir

3. Las cursivas son mías.

4. Colette Soler, *¿Qué se espera del psicoanálisis y del psicoanalista?* (Buenos Aires: Letra Viva, 2007), 194.

la histeria en el contexto lacaniano: “un evento sujeto”, “identificado al deseo y más precisamente al vacío del deseo.

En otro testimonio una mujer joven relata brevemente la historia de su “padecimiento” que comenzó en la juventud y al que se refiere como “bulimia” pero del que, no obstante, dice “empezó como anorexia”. Al hacerlo, sitúa lo que en su opinión fue el desencadenante de sus trastornos alimenticios: “todo empezó porque, bueno me gustaba un chavo y yo me daba cuenta de que a ese chavo le gustaban las chavas delgadas y desde ahí empecé a tener más frustración, como que estaba muy pasada de peso”.

Empezó dejando de comer, haciendo mucho ejercicio:

[...] pero igual no comía y cuando comía, comía mucho; de hecho había ocasiones en que me escondía para comer y comía mucho, después era cuando me entraba la culpa y pues empezaba a vomitar, pero yo solita me provocaba el vómito, o sea, me metía el dedo en la boca...

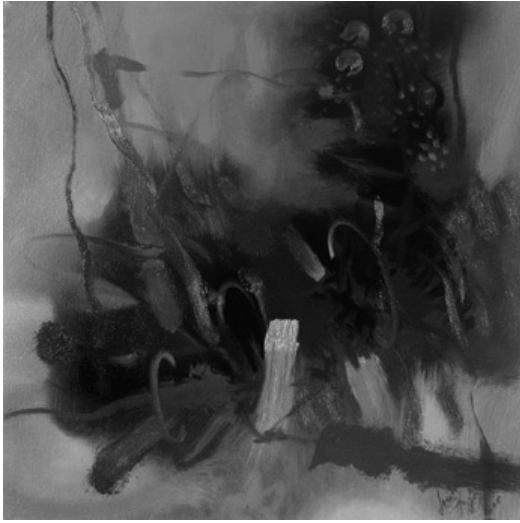
Un criterio “estético”, se enuncia para perseguir un ideal: la delgadez, ideal que casi de inmediato pone en relación con el peso de su situación familiar, en términos de haber sido rechazada: “sinceramente me veían como la persona gorda, como la persona sin gracia”.

[...] me acuerdo que cuando iban a ser mis quince años, mi papá no me quiso hacer mis quince porque me dijo que iba a parecer piñata y que mi vestido iba a ser muy grande, que tenía que pensar en eso y ahorita, por ejemplo, es lo mismo porque ahorita ya se viene la salida de la graduación, me dice mi papá lo mismo: ¿ya te pusiste a pensar que tus amigas se van a ver todas delgadas y sus vestidos bien bonitos y el tuyo va a ser todo grande y todo feo?

Surge así, el argumento con que intenta dar cierta consistencia “al origen” de su padecimiento:

[...] bueno, mis hermanas, mi hermana la más grande siempre fue muy delgada, entonces yo me daba cuenta que ella siempre tenía más atención tanto de mis papás, como de mis tíos, de mis primos, y yo no; a mí como que no me hacían mucho caso, de hecho por ese mismo problema, que yo sentía que no me hacían caso, también pues se me vino otro problema que fue el acoso de uno de mis tíos, que al principio se burlaba de mí, se burlaba mucho... Entonces él poco a poco fue entrando, me fue perjudicando en mi vida. Llegó un momento en que sentí que ni a mis papás les interesaba y él empezaba a tener atenciones conmigo, y pues llegó un momento en





que se quiso sobrepasar conmigo, pero pues todo fue nada más acosos, porque nunca llegó a una violación como tal...

Lo que pareciera ser ya una especie de “tradición bulímica” arroja en ella, no obstante, un resto en el cuerpo, una marca que si bien nos habla de la intensidad de la práctica de vomitar, revela algo más, muestra que el lugar inequívoco de su padecer está en los avatares del cuerpo; se trata de un callo en el dedo índice que, como tal, lo es de algo más, ¿de una pasión histérica? ¿Por qué? Porque ese callo que trataba de ocultar y cuya aparición “le dio miedo” parece funcionar como un significante del perjuicio, por el fracaso de un ideal, por lo que en adelante no es otro que el índice del “ideal avergonzado”<sup>5</sup>.

Vivencia que tal vez hace del perjuicio un ideal, lo que se sugiere con algo que es determinante en el plano colectivo:

[...] para ese tiempo, sí tenía novio, a él sí le afectó mucho, le costó mucho trabajo lidiar conmigo; poco a poco él me fue ayudando a salir del problema, no lo logró del todo, pero sí me ayudó un poco y pues yo pienso que a lo mejor mi relación terminó con él por lo mismo, pues yo creo, pienso que se cansó... ya no podía estar con una persona que tuviera un problema así de grande, y aparte *pues más que nada el qué dirán los amigos, cómo queda ante la sociedad.*<sup>6</sup>

Vergüenza en *ser*, de la que el secreto que recorre la historia misma del padecimiento viene a ser un testimonio:

Cuando estaba en mi casa, como en mi casa hay radio en el baño, prendía el radio, abría las ventanas y empezaba a vomitar, pero me provocaba el vómito con el cepillo de dientes porque igual ya no podía utilizar mi dedo, porque igual ya se me veía mi callo.

En lo que podría calificarse como una compulsión al vómito —puesto que solo en términos de su frecuencia entendemos el surgimiento de un callo— se encierra un enigma del que ella parece hacer un destino ¿se trata de un destino? Aquel que le permite “oprimir su existencia”, compulsión como punto de articulación que concilia: “el destino se inscribe en el sujeto y el sujeto suscribe el destino por compulsión, que en este caso recupera su sentido literal de obligación (repetición)”<sup>7</sup>.

En esta singular historia de padecimiento, el destino revela un fracaso del sujeto para metaforizar, y lo reduce a vomitar una y otra vez o, más precisamente, a quedar fijado a una existencia alienada en lo real de su síntoma. Llama la atención que la relación que se establece con el cuerpo adopte la forma histérica en la que este resulta como extraño, ajeno, lo que se manifiesta en las continuas reiteraciones del “mi”:

5. Término que tomamos de Paul-Laurent Assoun, *El perjuicio y el ideal. Hacia una clínica social del trauma* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1999).

6. Las cursivas son mías.

7. *Ibíd.*, 70.

[...] bueno, yo sé que hubo un tiempo en que yo sí sentía que esto estaba llegando a su punto máximo porque de hecho en lo que es *mi* espalda me estaba saliendo muchísimo bellito, así como de gatito, *mis* dientes siento que se me empezaron a estrellar, de hecho tenía muchas ojeras, ahorita ya no tengo muchas, sí tengo pero ya no tantas, me quitaba el sueño, pues físicamente sí hubo muchas cosas, se me empezó a caer mucho *mi* cabello, siempre estaba fría de las manos, *mi* cuerpo casi siempre estaba frío, en ocasiones me desmayaba muy seguido, hubieron muchísimas cosas.

Se trata, como hemos dicho con Nancy, de la a-significancia por cuanto remite justamente a la extrañeza del cuerpo en su experiencia:

Yo (¿quién, ‘yo’?; esta es precisamente la pregunta, la vieja pregunta: ¿cuál es ese sujeto de la enunciación, siempre ajeno al sujeto de su enunciado, respecto del cual es forzosamente el intruso y sin embargo, y a la fuerza, su motor, su embrague o su corazón?).<sup>8</sup>

Ella plantea no saber qué era la bulimia, pues le dijeron que era una enfermedad que llega a desaparecer siempre y cuando se tenga mucha fuerza de voluntad, cuestión que parece obligarla a hacer una “elección”:

[...] pues yo misma me di cuenta que entre más vomitaba y más dejaba de comer, veía más reacciones en mí, más cansancio, se me caía más el cabello, entonces saqué la lógica y dije: bueno, *si ya no vomitamos tanto, vomitamos solo una parte digamos que tomamos* mucha agua y como en la actualidad estoy fumando, pues como que a lo mejor eso se compensa...<sup>9</sup>

Es llamativo, por una parte, el empleo del plural para referirse específicamente al acto que involucra tanto la expulsión oral como la ingestión (“vomitamos”, “tomamos”) y, por otra, que sea de este modo como se refiere al padecimiento.

La identidad vacía de un ‘yo’ ya no puede reposar en su simple adecuación (en su ‘yo = yo’) cuando se enuncia: ‘yo sufro’ implica dos yoes extraños el uno al otro (pero que sin embargo se tocan). Lo mismo ocurre con un ‘yo gozo’, [...] pero en el ‘yo sufro’ un yo rechaza al otro, mientras que en el ‘yo gozo’, uno excede al otro.<sup>10</sup>

Cuando dice “eso se compensa” remite a un lugar que paradójicamente le es ajeno; ¿de qué lugar puede tratarse? ¿Acaso el de la falta?

¿Podríamos aventurar que no se trata de la falta, sino del vacío? En *Psicoanálisis y el hospital*, Recalcati señala que este último es del lado anoréxico “como un modo de goce o como separación absoluta del sujeto respecto del Otro y del lado bulímico, el vacío como puro continente a llenar a través de la asimilación compulsiva de objetos”<sup>11</sup>.

8. Jean-Luc Nancy, *El intruso* (Buenos Aires: Amorrortu, 2007), 14.

9. Las cursivas son mías.

10. *Ibíd.*, 40.

11. Massimo Recalcati, “La clínica contemporánea como clínica del vacío”, *Psicoanálisis y el hospital. ¿Patologías de época?* 24 (2003): 121.

La joven nunca ha recibido la ayuda de nutricionistas y sin titubeos declara no querer recibirla:

[...] porque pienso que otra vez entraríamos al problema como sucedió con mi mamá ¿no? De que obviamente le tengo que decir lo que tengo que comer y otra vez va a ser lo mismo: ‘ahí está tu comida y yo voy a revisar que te la comas’ y aunque sea insípida... es el hueco de cómo te la está ofreciendo ella, con qué cara te lo da, cómo te está haciendo sentir y pues hasta la fecha mi mamá no sabe que todavía tengo eso...

Como puede advertirse, la complejidad de la problemática de la demanda en el malestar es creciente, haciendo aparecer, en la polisemia del lenguaje, una cierta exacerbación del discurso referido y diferentes modalidades de relación con el Otro, lo que plantea la necesidad de profundizar su estatuto en lo que hoy se expresa como su lugar principal: el cuerpo, lugar del Otro.

## EL CUERPO DE LA DEMANDA Y LA DEMANDA DEL CUERPO

### La angustia: punto de orientación

“Cuando el que camina en la oscuridad canta,  
niega su angustia, pero no por ello ve más claro”

JACQUES LACAN

#### *¿Por qué la angustia?*

Si bien, para introducir un matiz a los efectos del malestar hemos intentado articular la propuesta de lo “nuevo del síntoma” sin reducirlo al sujeto y su demanda, y hemos planteado también “lo nuevo de la demanda” en términos de su transfiguración, es decir, la transposición del dicho en el decir, ahora es necesario situarnos en las coordenadas que estructuran la demanda del sujeto como un *decir*, “en el malestar”, pero también “más allá” de él. Así, en el afán de sostener dicha propuesta, partimos del fenómeno de la angustia que, en este contexto, reconocemos no solo como “originario”, sino también como el que da una amplia perspectiva en el campo de las ciencias sociales al ser objeto de una crucial reflexión filosófica, de la que, no obstante, aquí solo podremos hacer señalamientos puntuales.

Plantear la angustia como punto de orientación obedece a diversas razones. La principal es que se trata de la “vivencia” capaz de fundar al sujeto dividido como tal (condición ontológica)<sup>12</sup>.

12. “En el discurso filosófico de la modernidad, el tema de la angustia se constituye como campo solo a partir de que la ontología se funda en el reconocimiento de la negatividad como momento esencial del proceso del ser, [...]. Con ello se constituyó un campo donde pueden confluir el discurso filosófico y el discurso psicoanalítico”. Hans Saettele, “Angustia y Logos”, en *Límites de la subjetividad*, Mariflor Aguilar (ed.) (México: Fontamara, 1999), 73.



Punto nodal, (*knotenpunkt*), designa el lugar donde se encuentran las líneas de circulación, se trate de vías férreas (*Eisenbahn*) o líneas de comunicación en general (*Verkehr*). En consecuencia, la angustia es materialmente el ‘sitio’ (Otro) donde se (entre) cruzan las líneas y mallas de una red. Es preciso suponer que, a partir de ese punto oscuro, irradia todo, porque todo lleva a él.<sup>13</sup>

Es en virtud de su relación con el deseo, que la angustia halla su ubicación en ese campo al constituirse en el lugar de confluencia de los distintos destinos del discurso, —siendo el síntoma uno entre ellos—. Se trata, como decía Lacan, del “punto de encuentro”, “signo del deseo”<sup>14</sup>. Sabemos que la angustia solo tiene por lugar el cuerpo, lo que no significa que ese precisamente sea “su objeto”. Es acaso su soporte y al mismo tiempo lo que la diferencia de la demanda, en cuyo decir se “presentifica” el deseo.

¿Dónde, si no en la angustia, podría ser captada la emergencia del deseo? Afecto del que cabe identificar lo más paradójico del sujeto, al ser la “señal” de su aproximación (del deseo). Si bien es cierto que el fenómeno de angustia tiene un arraigo en el cuerpo, no por ello abandona su adherencia indiscutible al lenguaje y, por ende, al Otro, en torno al cual se estructuran sus puntos de referencia. Aquí, para empezar a articular la relación de la angustia con la demanda y específicamente en el contexto del malestar, es preciso subrayar esos puntos de referencia “en los que la dimensión del Otro sigue siendo dominante, [...] a saber, la demanda del Otro, el goce del Otro y, [...] el deseo del Otro”<sup>15</sup>. Lo que es necesario plantear, dados los diagnósticos contemporáneos, es precisamente la ambigüedad a la que estos puntos de referencia pueden dar lugar si no tomamos en cuenta lo que es fundamental de la angustia: su particular relación, tanto con el objeto como con el significante, lo que lleva a Lacan a plantearla como “lo que no engaña”, y a situarla en un lugar donde asoma la verdad del sujeto, al permitir no con-fundir “su objeto” (con el objeto de conocimiento). No en el sentido de objetalizarse o materializarse, imposibilidad que designa el objeto *a*, sino de emerger en las coordenadas en las que puede hacerse presente en los citados puntos de referencia<sup>16</sup>.

Por esto (“lo que no engaña”) se justifica la necesidad de elegir la angustia como punto de orientación, para pensar la demanda sin dejarnos confundir por lo que “sí engaña” en el orden del significante: “el significante engendra un mundo, el mundo del sujeto que habla, cuya característica esencial es que en él es posible engañar”<sup>17</sup>. Por eso, en el desconcierto, la sorpresa, el asombro, el titubeo, en los enunciados comunes o incluso en el silencio, podemos leer, algo de la enunciación (del decir), ahí en la dimensión (*dicho-mansión*) de “lo extraño” donde el sujeto vacila:

13. Paul -Laurent Assoun, *Lecciones psicoanalíticas sobre la angustia* (Buenos Aires: Nueva Visión, 2003), 8.

14. Jacques Lacan, *El Seminario. Libro 10. La angustia* (1962-1963) (Buenos Aires: Paidós, 2006).

15. *Ibíd.*, 69.

16. “El *Selbst-bewusstsein*, considerado constitutivo del sujeto cognoscente, es una ilusión, una fuente de error, puesto que la dimensión de sujeto supuesto transparente en su propio acto de conocimiento solo empieza a partir de la entrada en juego de un objeto especificado que es el que trata de circunscribir el estadio del espejo, o sea, la imagen del cuerpo propio, en tanto que frente a ella, el sujeto tiene el sentimiento jubiloso de estar frente a un objeto que lo torna al sujeto transparente para sí mismo. La extensión a toda clase de conocimiento de esta ilusión de la conciencia está motivada por el hecho de que el objeto del conocimiento está construido, modelado, a imagen de la relación con la imagen especular. Por eso precisamente este objeto de conocimiento es insuficiente”. Lacan, *El seminario. Libro 10. La angustia*, 71.

17. *Ibíd.*, 87.

[...] hay momentos de aparición del objeto que nos arrojan a una dimensión muy distinta, que se da en la experiencia y que merece ser aislada como primitiva en la experiencia. Es la dimensión de lo extraño. Esta no puede en modo alguno captarse como algo frente a lo cual el sujeto permanece transparente a su conocimiento. Ante eso nuevo, [...] todo en la relación supuestamente primordial del sujeto con cualquier efecto de conocimiento es puesto en cuestión.<sup>18</sup>

Lo que interesa subrayar adicionalmente, es lo que esto puede aportar para ampliar la perspectiva de un fenómeno en las ciencias sociales, al hacer entrar el objeto en el terreno de la experiencia como bien señala Lacan. “Este surgimiento en el campo del objeto de algo desconocido experimentado en cuanto tal, de una estructuración irreductible, no plantea una cuestión únicamente a los psicoanalistas, ya que es algo que se da en la experiencia”<sup>19</sup>.

Ahora bien, es claro entonces que lo que hace que la angustia posea una estructura, es que mantiene cierto tipo de relaciones particulares, de las que surgen cualidades específicas para el síntoma y la demanda, pero en lo que atañe a su realidad Lacan (a diferencia de Freud) la sitúa como “algo que es preciso concebir en un nivel redoblado como la carencia de apoyo que aporta la falta”<sup>20</sup>.

Es en el síntoma, más específicamente en la dimensión de lo real del síntoma, que se hace presente la angustia, donde la demanda estaría estructurada como un decir —recubierta por lo dicho— en la medida en que se liga precisamente a lo no-especular, a algo que concierne al deseo, (*a*)<sup>21</sup>, dicho de otro modo, no es que lo real se traduzca en un decir, sino que la experiencia de lo extraño introduce lo real en la dimensión del decir. Buscamos precisar, en cierta medida, las relaciones entre angustia y demanda en el malestar, preguntándonos por la incidencia de la angustia y por las tesis que parecen sostener más bien su ausencia oponiéndola al goce (“perversión generalizada”, “un mundo sin límites”, “el hombre sin gravedad”, etc.).

Ya Freud en “Inhibición, síntoma y angustia” (1926) daba habida cuenta de ese concepto, una cierta aproximación para definirlo, reconociéndolo primordialmente como un “afecto”, vaga noción que lejos de aclarar la cuestión, la sitúa en el centro de una problemática (existencial) que no ofrece un camino preciso para orientarse, porque, como él mismo decía, “tampoco sabemos qué cosa es un afecto”.

Así, tomar la angustia como punto de orientación para el tema que estamos desarrollando, plantea dificultades en el intento de ceñir aquello que le es “propio” sin que se reduzca a meras descripciones de un fenómeno tan complejo que, no obstante, no puede ser excluido de la estructura en que el sujeto lo articula: el fantasma. Lacan equiparó la estructura del fantasma con la de la angustia, al decir que “la estructura

18. *Ibíd.*, 71.

19. *Ibíd.*

20. *Ibíd.*, 64.

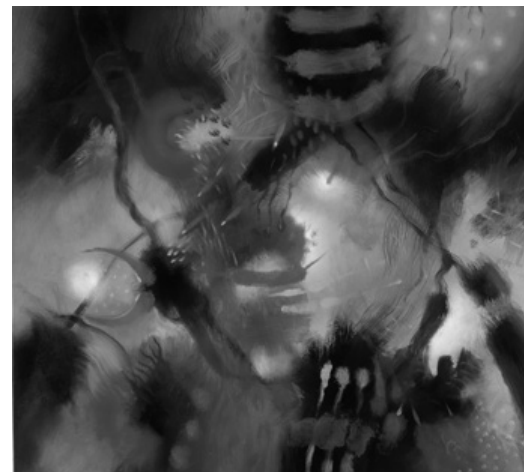
21. “El objeto *a* no es un objeto del mundo. No representable como tal, no puede ser identificado sino bajo la forma de ‘esquirlas’ (‘*éclats*’: esquirlas, fragmentos brillantes, brillos) parciales del cuerpo, reducibles a cuatro: el objeto de la succión (seno), el objeto de la excreción (heces), la voz y la mirada. Roland Chemama, *Diccionario del psicoanálisis* (Buenos Aires: Amorrortu, 1996), 300-301. En la fórmula del fantasma *a* es el objeto parcial “separado” del resto del cuerpo. “El objeto *a* es cualquier objeto que pone en movimiento el deseo, especialmente los objetos parciales que definen las pulsiones. Las pulsiones no intentan obtener el objeto *a*, sino girar en torno a él”. Dylan Evans, *Diccionario introductorio de psicoanálisis laciano* (Buenos Aires: Paidós, 1997), 141.

de la angustia no está lejos de ella, por la razón de que es ciertamente la misma”<sup>22</sup>. Es haciendo entrar el fenómeno de la angustia en la “red de los significantes” como se halla entonces una vía para abordarla en su relación con el deseo del Otro (tesoro de los significantes), y en función también de lo que dicha red articula como pregunta: “*Che vuoi?, ¿Qué quieres? [...] Qué me quiere?*” y que, como bien aclara Lacan: “No es solo ¿Qué pide él a mí?, sino también una interrogación suspendida que concierne directamente al yo, no ¿cómo me quiere?, sino ¿qué quiere en lo concerniente a ese lugar del yo?”<sup>23</sup>.

Esto da la posibilidad de abrir el horizonte para pensar la demanda como un cierto decir del síntoma y, más específicamente, de lo real de este. Porque se trata de un fenómeno de borde con respecto al lenguaje, en el que “las representaciones —o representantes— de la angustia son restos (de lenguaje) en relación con la voz y con la imagen escritural, amalgama en la que aparece la relación con el Otro (tesoro de los significantes) y la escisión del sujeto”<sup>24</sup>. Se trata del fenómeno (por excelencia) con que se anuncia la complejidad en que se inscribe la relación del sujeto con el deseo, haciendo aparecer la imposibilidad de ceñir su causa y “la indeterminación de su objeto”, cuyo reconocimiento en el campo mismo de las ciencias sociales podría ser (y hacer) la diferencia con los enfoques que encuentran en el mercado social siempre algún objeto para “explicar” el síntoma (social). En ese contexto, en el de la ya citada globalización y las políticas neoliberales, se suelen plantear como sus “objetos-causa” sin más, lo que excluye al sujeto. En la segunda tópica, Freud reformula su propia teoría de la angustia (haciéndola constitutiva) al detectar su presencia anterior a la represión, y haciendo con ello intervenir al sujeto, y no al objeto, como “causa” de la angustia. ¿Dónde? En la “angustia de castración”, para la que la noción de falo adquiere toda la importancia en términos de su poder de representación:

Este, el falo, le posibilitará al sujeto la representación de la angustia. ¿Cómo? Vía remisión significativa al objeto oral y al objeto anal. [...] *Freud sabía que en la puesta en relación que postula no está en juego la función de juicio, que la verdad de la angustia de castración no es la pérdida de pene, sino la privación encarnada en el sexo.*<sup>25</sup>

Lo que no hay que perder de vista es el papel constituyente de la angustia al articularse directamente con la “falta en ser” que resulta del enfrentamiento del sujeto con aquello real excluido del investimento de la imagen especular del cuerpo y que [...] queda como una reserva inasequible a nivel del propio cuerpo, [...] una falta que ciertamente aparece en lo imaginario, pero esto no significa en absoluto, como subraya Lacan, que esta falta tenga ella misma una imagen. Si algo aparece en este



22. Lacan, *El seminario. Libro 10. La angustia*, 11.

23. *Ibíd.*, 14.

24. Saettele, “Angustia y Logos”, en *Límites de la subjetividad*, 74.

25. *Ibíd.*, 76. Las cursivas son mías.



hogar de la falta, entonces surge el sentimiento de extrañeza (*Unheimlich*) iniciador y aurora de la angustia.<sup>26</sup>

La cuestión hace derivar la angustia de su relación indiscutible con la falta, pero justamente como lo que acontece no por su presencia, sino por su ausencia, cuando falta la falta, lo que da a la angustia otro estatuto muy diferente del que la suponía ligada únicamente a la castración, y de la que tenemos testimonio justo “[...] en la fractura que marca la imagen del cuerpo tanto en el niño como en la niña, que da a este el sentimiento de su insuficiencia y a esta el sentimiento de su falta” haciendo aparecer al falo “en todo lo que es localización imaginaria bajo la forma de una falta”<sup>27</sup>.

Es precisamente en esto en lo que radica “el ombligo” de la angustia que hace, por una parte, un lugar de interrogación por la diferencia sexual y, por otra, “lo que no engaña”, como dijo Lacan, lo que deviene una señal, un indicador de verdad.

### ***El lugar de la angustia hoy***

¿Es posible formular una pregunta por el estatuto de la angustia frente a los diagnósticos epocales?

Esta pregunta, en el contexto actual, es sin duda tan amplia, tan general, que difícilmente puede dar lugar a una respuesta; la que, de proponerse, estaría eventualmente sometida a la diacronía de los hechos, a comparaciones y clasificaciones, que bien pueden derivar en descripciones, juicios, etc. (reducción a lo óptico). Paradójicamente, la cuestión no puede ser omitida si no queremos perder de vista su relación con el lazo social, sin excluir la dimensión del sujeto inconsciente en la instancia del discurso (lo ontológico). Ahora bien, de acuerdo con lo que se ha venido desarrollando, el tratamiento (implícito) que encontramos frecuentemente en muchos planteamientos, hace aparecer la angustia si no como “secundaria”, sí desplazada por el goce, el que por añadidura suele pensarse en términos de “voluntad de goce”. De esto, dos cosas resultan llamativas:

1. Lo que indica ser un “retorno” a acepciones documentadas por Lacan en 1962-63, que parecen estar en la base de los diagnósticos contemporáneos:

La primera es la del afecto concebido sustancialmente como la descarga de la pulsión, la segunda [...] la connotación de una tensión en sus fases, de ordinario conflictivas. En el tercer tiempo, el afecto es definido dentro de la referencia propiamente tópica de la teoría freudiana, como señal, en el plano del ego, de un peligro venido de otro lugar.<sup>28</sup>

Esto permite preguntarse si acaso impera en el pensamiento contemporáneo el razonamiento analógico. O sea, la analogía como “método” puramente descriptivo,

26. Moustapha Safouan, *Lacaniana* (Buenos Aires: Paidós, 2003), 222.

27. *Ibíd.*

28. Lacan, *El seminario. Libro 10. La angustia*, 29.

cuyo alcance estaría en generar juicios (morales) así como también, taxonomías, tipos, etc. Se advierte en enunciados como:

[...] la era de la individualidad sustituyó así a la de la subjetividad, [...] dándose a sí mismo la ilusión de una libertad sin coacción, de una independencia sin deseo y de una historicidad sin historia, el hombre de hoy devino lo contrario de un sujeto [...]. Cada individuo tiene el derecho, y por tanto, el deber de no manifestar más su sufrimiento, de no entusiasmarse más por el menor ideal a no ser el del pacifismo o el de la moral humanitaria. En consecuencia, el odio del otro se ha vuelto hipócrita, perverso y tanto más temible cuanto se coloca la máscara de la devoción por la víctima.<sup>29</sup>

O bien: “En esta época el sujeto *prefiere su goce* antes que su autoconservación”<sup>30</sup>. O también:

Se quieren hacer los movimientos que separan del peligro, y se hacen los que acercan al mismo a pesar suyo, corriendo hacia el objeto de su espanto, *en un pasaje al acto hoy a la orden del día*, donde se constata la *certeza subjetiva a nivel de la pulsión, acto gracias al cual el sujeto se libera de los efectos del significante*, y en vez de *ser, hace*.<sup>31</sup>

2. Se observa la presencia, como una especie de eco, y hasta podría decirse “el uso” corriente de estas acepciones en las “pretensiones de validez” de los sujetos respecto de sus “síntomas o demanda”. Esta suerte de razonamiento (analógico) se articula con enunciados del tipo: “No eché a perder mi vida por el alcoholismo, sino porque tenía la vida echada a perder, fue que me hice alcohólico”, o “ahora me gusta disfrutar el dolor, pienso que con el dolor puedo olvidar la traición”.

Se trata de una suerte de razonamiento analógico que identificamos hoy con la tan difundida tesis de la “perversión generalizada”, al hacer del goce el único punto de encuentro posible, sin angustia. Punto que parece hacer “eco” en el discurso común que, en modo alguno cabe interpretar más que como una dificultad para formular un decir; por lo demás, esta dificultad, a su vez, halla en los significantes epocales una alienación, precisamente en los imperativos del mercado y del modo en que el discurso científico transmite sus objetos de conocimiento (desde el Manual Estadístico de las Enfermedades Mentales, DSM, hasta los medios de comunicación). Con esto quizá no deba sorprendernos la parafernalia de nuevos diagnósticos que se han desatado, como los estados límite, haciendo de las estructuras clásicas (neurosis, psicosis, perversión) nuevos trastornos y planteándolas como “cosa del pasado”.

En este sentido, la propuesta “del vacío” es sin duda una manera alternativa a la de la “perversión generalizada”, puesto que plantea:

29. Elisabeth Roudinesco, *¿Por qué el psicoanálisis?* (Buenos Aires: Paidós, 2000), 16-17.

30. Eric Laurent, *Ciudades analíticas* (Buenos Aires: Colección Diva, 2004), 135. Las cursivas son mías.

31. Alejandra Glaze (comp.), *Una práctica de la época. El psicoanálisis en lo contemporáneo* (Buenos Aires: Grama, 2005), 13. Las cursivas son mías.

[...] la desarticulación del vínculo dialéctico entre vacío, falta y deseo. No es el síntoma como satisfacción clandestina del deseo inconsciente [...], sino la experiencia de un vacío que aparece disociado de la falta, de un vacío que ya no es manifestación de la ‘falta en ser’, sino expresión de una dispersión del sujeto, de una inconsistencia radical del mismo, de una percepción constante de inexistencia que suscita una *angustia sin nombre*.<sup>32</sup>

“La cuestión del vacío no aparece ya en relación con el Otro a través del movimiento de apertura del deseo como expresión de la falta, sino que se *solidifica*”<sup>33</sup>. Esto podría verse en el caso de un joven adicto, quien dice:

[...] seguí tomando y llegué a un punto en el que ya no sentí nada y pues igual bien chido es no querer sentir ni querer nada, ni tristeza, ni sufrimiento, ni felicidad, ni nada de nada”, “llegaba un momento en el que cuando estaba tomado no me importaba si ahí me moría, si seguía viviendo, nada”, “y ahora también me dan ganas de tener una pistola y poder ponérmela en la cabeza y ya volarme la sesera; y *con la droga o el alcohol al menos se me olvida que estoy vivo* [...]

Otro caso de “solidificación” se muestra en un joven que, atormentado por cómo plantearle a su pareja la adicción que padecía, temiendo el rechazo, dice:

Le pregunté que si andaría conmigo si me faltara una mano o una pierna, así que me armé de valor y le dije que fumaba marihuana, [...] durante dos años todo fue maravilloso, pero me clavé con la piedra, me dijo que no iba a cambiar y que ya no podíamos seguir, así que le pedí una oportunidad y otra hasta que perdí la última y ya no pude recuperarla, [...] me acordaba de ella y volvía a consumir porque la amaba tanto que ya no me importaba y pues con la piedra me sentía mejor.

Creemos que lo que sí podemos aventurar del estatuto de la angustia, lo “propiamente epocal”, lo del malestar, sería que el discurso capitalista exacerba algo hoy la imagen en ese lugar de la falta, *provocando no la causa*, sino el ascenso de la angustia, de lo que da cuenta el narcisismo tan acuciante de la época. Esto quizá nos conduce a pensar al sujeto lejos de la imagen de un “gozador”, según la tesis de la perversión generalizada, para situarlo más bien en una cierta ambigüedad (si no perplejidad) respecto a su goce. Y nos lleva a preguntarnos si acaso no se trata de cierta dificultad para gozar, si no es esa la “queja”, el malestar que no logra articularse como demanda, o sea, como un decir. Además, dar cabida a la idea de una “perversión generalizada” sería tanto como sostener la abolición de la demanda y del Otro. Consideramos necesario entonces abordar la cuestión de la angustia desde el punto de vista de sus destinos,

32. Massimo Recalcati. *Clínica del vacío. Anorexias, dependencias, psicosis* (Madrid: Síntesis-CSEPS, 2008), 13. Las cursivas son mías.

33. *Ibíd.* Las cursivas son mías.

siendo el síntoma uno de ellos, porque de estos depende la articulación de la demanda, del decir. Cuestión esta que es imprescindible para situarnos en y con la estructura.

## BIBLIOGRAFÍA

- ASSOUN, PAUL-LAURENT. *El perjuicio y el ideal. Hacia una clínica social del trauma*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1999.
- ASSOUN, PAUL-LAURENT. *Lecciones psicoanalíticas sobre la angustia*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2003.
- CHEMAMA, ROLAND. *Diccionario del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
- EVANS, DYLAN. *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós, 1997.
- GLAZE, ALEJANDRA (COMP.). *Una práctica de la época. El psicoanálisis en lo contemporáneo*. Buenos Aires: Grama, 2005.
- LACAN, JACQUES. *El Seminario. Libro 10. La angustia (1962-1963)*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- LAURENT, ERIC. *Ciudades analíticas*. Buenos Aires: Colección Diva, 2004.
- NANCY, JEAN-LUC. *Corpus*. Madrid: Arena Libros, 2003.
- NANCY, JEAN-LUC. *El intruso*. Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- RECALCATI, MASSIMO. "La clínica contemporánea como clínica del vacío". *Psicoanálisis y el hospital. ¿Patologías de época?* 24 (2003): 121.
- RECALCATI, MASSIMO. *Clínica del vacío. Anorexias, dependencias, psicosis*. Madrid: Síntesis-CSEPS, 2008.
- ROUDINESCO, ELISABETH. *¿Por qué el psicoanálisis?* Buenos Aires: Paidós, 2000.
- SAETTEL, HANS. "Angustia y Logos". En *Límites de la subjetividad*. Mariflor Aguilar (ed.). México: Fontamara, 1999.
- SAFOUAN, MOUSTAPHA. *Lacanianana*. Buenos Aires: Paidós, 2003.
- SOLER, COLETTE. *¿Qué se espera del psicoanálisis y del psicoanalista?* Buenos Aires: Letra Viva, 2007.

